

emlin 1

**de los
DSCÚ
lógico
n a la vieja**

lo a solicitar ayuda militar
«Bulganin —ordenó—, atien-
garon hasta marzo de aquel
ría. Después de la conversa-
n los bosques de Bosnia.

ovan Djilas



estaba enamorado de Stalin
mo una muchacha de Ro-
alentino». Esto declaró Mi-
Djilas al producirse su
unión» en el partido co-
yugoslavo, del cual ha-
o fundador, como más tar-
ría de la Kominform. En
alidad vive en Belgrado,
mente vigilado por la Po-
Tito, pero sin que sobre
en graves amenazas. La
de ello es que Milovan es-
e cuando en cuando artu-
a la Prensa occidental, co-
que hoy comenzamos a
r en INFORMACIONES.
¿Qué se debe este respetuoso
ue Djilas recibe de sus an-
camaradas? Parece que ello
e a la antigua influencia
«ex enamorado» de Stalin
entre los militantes del par-
filovan Djilas, estaba consi-
como el más destacado teó-
comunista yugoslavo.
esgajamiento de Djilas res-
al partido comunista se ini-

CRÍTICA: "Reunión de familia", de T. S. Eliot, por el Pequeño Teatro Dido

NO tiene justificación que se haya hurtado a esta pieza el calificativo de tragedia. Eso es: una tragedia de forma clásica y pensamiento moderno. Pero mientras no se cae en la cuenta de ello, el espectador pierde el tiempo —un precioso tiempo que necesitaría para ponerse en situación desde el comienzo— tratando de averiguar por dónde y hacia que marcha el propósito del autor. Una vez identificado, el carácter de la pieza, se aclaran algunos aspectos que habían chocado, como ejemplo, los recitados por el coro que tienen los mismos personajes de la acción principal. Estos recitados son de una belleza deslumbrante, aun después de haber sufrido la mengua que toda traducción y adaptación supone, y valen como ejemplos poéticos en sí mismos e independientemente del resto de la obra. De vez en cuando, los personajes cesan en su diálogo y unidas sus voces dan vida a ciertas realidades ineludibles, como son las huellas que deja el paso de las generaciones por un mismo lugar. Cuando estas intervenciones cesan, renace la acción, en la cual juega un papel tan importante el pensamiento verdadero y oculto de algunos personajes como lo que éstos dicen en forma más superficial.

Queda indicado con lo anterior que no se trata ciertamente de una pieza «cómoda» para el oyente. Incluso podría achacarse a Eliot un cierto orgullo olímpico que le ha impedido vulgarizar el desarrollo de la tragedia para hacerla más asequible al oído, pero hecha la salvedad o la acusación hay que reconocer a «Reunión de familias» un rango artístico e intelectual realmente abrumador. De esta tragedia cabe pensar: «Dentro de dos mil años será representada como notable ejemplar literario del siglo XX».

Sobre la marcha de «Reunión de familia» van surgiendo los antecedentes más ilustres: desde Equilo y Sófocles hasta Ibsen, Dostoiévski y Chejov. Eliot ofrece en una envoltura deslumbrante, cegadora, la magna cuestión que considera todo hombre reflexivo: cumplir su misión. El tiempo, esa preocupación acogojante que no tenían los griegos, pero tenemos los modernos, es introducido en la trama comb un factor decisivo: el protagonista, Harry Monchesney, tiene que encontrar su destino. Lleva sobre sí la mancha de un asesinato (que no se sabe si llegó a cometer o no, pero que en todo caso ha impreso su huella en el espíritu por el simple hecho de haberlo pensado, tesis ésta desarrollada por Dostoiévski hasta sus últimas consecuencias) y camina por la frontera que separa la cordura de la locura. Los fantasmas (las Euménides) le persiguen, y él las rechaza, hasta que por fin la tortura se convierte en luz y el castigo en justo castigo, lo que aclara la íntima necesidad de expiación, que acaba revistiendo una forma de felicidad. La trayectoria de Harry Monchesney es la misma de muchos personajes de Ibsen, pero mientras en Ibsen actúan los factores sociales, como fuerza determinante, aquí el héroe es un héroe aislado del mundo en torno, y a la vez una víctima de todos los pecados que otros cometieron antes, y más concretamente de los que cometió su propio padre.

Es decir, retornamos en «Reunión de familia» al concepto heroico de la tragedia. Eliot no rehuye las alusiones a objetos prosaicos, a instantes ramplones; escapa en todo lo posible a la solemnidad y la pompa verbal. Lo que hace es fundir los mármoles de la tragedia con el cemento y el hierro de nuestra triste época. Sólo una mente realmente poderosa podría atreverse a este despliegue de metáforas, de sutiles pensamientos, de toques psicológicos desde el centro de una concepción trascendente de la vida. ¿Novedades? Ninguna. La única novedad es el propio Eliot, que anclado en los problemas eternos, vuelve a tratarlos bajo una luz que nunca habíamos visto. En la avalancha de ideas e imágenes, el espectador se ve fatalmente adelantado, y mientras trata de captar el último sentido de una frase han salido ya de la boca de los personajes otras dos o tres que se pierden ineffectivamente en el vacío. Esta situación se produce por el derroche que Eliot hace de su excepcional talento literario, sin someterse a las servidumbres de la técnica habitual en el escenario. Gran parte del teatro moderno se fundamenta en el conflicto del hombre consigo mismo, y en este sentido «Reunión de familia» resume una poderosa corriente. El héroe no lucha ya con otros héroes, ni dioses, ni con factores sociales. Lucha con su propia conciencia, incluso con su subconsciente, sumido en una maraña tenebrosa a la que ha de vencer por el único camino abierto: el del sufrimiento. Cuando Harry Monchesney llega al final de sus dudas comprendemos el significado casi caricaturesco de una buena parte de los personajes secundarios, revestidos todos de un carácter razonable y tranquilizador. Entonces, la crisis interior de protagonista deja paso a la comprensión de algo elemental, de algo simple y verdadero, expuesto con sencillez y sin aparato, truco ni afán de sorprender.

A pesar de que no estamos ante una obra teatral fácil, los espectadores se mantuvieron en silencio a lo largo del primer acto, y en actitud de recogimiento a lo largo del segundo.

¿Qué decir de la interpretación? Los actores realizaron un enorme esfuerzo. Lo realizó también el director, Trino Martínez Trives, en un escenario que carece de los recursos técnicos necesarios. Hay que agradecer al Pequeño Teatro Dido que haya tenido la valentía de traernos esta tragedia.

Destacaron especialmente en la interpretación Julia Delgado Cabo, Josefina de la Torre y Carmen Lequerica —cuya natural elegancia y distinción imprimió carácter a un papel secundario—; Ramón Corroto y Javier Loyola, en posesión de una voz que le permite afrontar con aplomo las escenas más arriesgadas.

Adolfo PREGO.

**Una revista
"De li"**

**Un espectáculo
y divertirá**

Madrid va a contar, a partir de mañana con el espectáculo veraniego que tradicionalmente se le ofrece en el teatro Alcázar. Otra vez el gran propulsor Ramón Clemente, director autor y organizador inteligentísimo pone al servicio de la revista su actividad y su competencia, y en unión de Pedro Labrés, coautor del libro, lanza el nuevo y alegre título de espectáculo que por estas fechas brinda a madrileños y turistas: «De limón y menta»...

Conocemos la obra y estamos seguros de su amenidad, su gracia y teatralidad. El libro de «De limón



Alfonso del Real

menta» es, a modo de un sainete con argumento y acción continuada, rico en situaciones hilarantes, ingeniosas como en su enredo limpio de intención y de frase. Cuando los autores aportan experiencia, dominio de la escena, gracia en la frase y en el diseño de los tipos, se demuestra que la chocarrería y la ordinarias son inocentadas. Añádanse, como el más acertado y perfecto «cock-tail», las situaciones musicales que el libro brinda al compositor, en esta ocasión el inspirado y popularísimo maestro Daniel Montorio, que ha escrito una partitura brillantísima de la que —estamos convencidos— «saldrán a la calle» varios números pimpante y pegadizo, rico de ritmo y melodía.

Montorio, Labrés y Clemente saben cuánto se debe al público del teatro Alcázar y creen que este año quedarán superadas (dicho en términos de portuños) las marcas que establecieron en su momento dos éxitos que aun perviven en el recuerdo, del príncipe «Goceadas» y «La Mondina».

Y a usted, paciente lector de este estreno, no hace falta recordarle porqué de ello tiene excelente experiencia, que la sala del teatro Alcázar, dotada de una gratísima y eficaz refrigeración, es el más adecuado sitio para que pueda lucirse un espectáculo en un ambiente fresco y grato.